

Anunciación

Mi nombre de guerra, en aquellos días, era Iván Illich, el nombre que mi padre hubiera asentado en el Registro Civil de no mediar la censura que mi madre, sin palabras y con el solo peso de su mirada, ejerció sobre él. Para un nombre ilegal, también era insensato. Sin embargo, en aquella semana de mil novecientos setenta y dos, cuando ocurrieron los hechos que me propongo narrar, Felisa se arrodilló, me tomó de los brazos y me dijo, con esa gravedad de juramentada que enguantaba mi corazón, que por un tiempo yo me llamaría Iván Illich, y de ninguna otra manera. Exaltado, la abracé. No me importó cambiar de nombre.

La primera vez que Dardo me preguntó cómo me llamaba, contesté "Hilvaniyo". El compañero se rió, divertido, y tuvo la delicadeza de no insistir. Esa noche, mientras ellos me creían dormido, escuché que Dardo preguntaba si el Hilván se había dormido y esa vez se rieron los dos. Desde entonces yo fui para ellos el Hilván; lo fui durante los hechos y para esos compañeros y es el nombre que usaré en esta historia.

El problema radica en que mis recuerdos no guardan las justas proporciones; apenas me acerco a ellos me absorbe la fuerza centrípeta del cuásar; entonces ya no hay un antes y un después. Estuve siete días en la casa, hace treinta y cuatro años. Podría describir el piso del baño, el dibujo de las baldosas, sus fisuras, sus humedades, su olor, con sólo cerrar los ojos. Es cierto que durante el tiroteo me encerraron allí, no sé por cuánto tiempo. Sin embargo, no por esa razón recuerdo los detalles. Con la misma precisión veo la pileta del patio. Era cuadrada, de loza blanca, con bendiduras paralelas como las barras de una tabla de lavar. Para mirar en su interior tenía que hacer palanca con los brazos, los codos hacia afuera, de lana azul. Recuerdo una

ametralladora sobre la mesa, negra, opaca, y a nosotros alrededor, mirándola. Recuerdo un caballito de madera, con los ojos pintados y sus pestañas; una rienda más corta que la otra. Las manos de Celeste, sus nudillos rojos después de lavar los platos con agua fría.

La memoria de un chico es caprichosa, carece de jerarquías; organiza el mundo en un orden que se vuelve secreto porque queda en la infancia, entre las cosas que nos parecen naturales cuando no lo son. Pedazos de vitraux brillan, resuenan como el clang de un xilofón. No me dejan dormir. Ahora salgo al rescate de los otros: están afuera, diseminados por el estallido, en la selva, en sus guaridas, en sus tibios rellanos. Pedacitos chicos, grandes, reales, imaginados, de vidrio, de estaño.

Mi madre está desaparecida. Es una desaparecida; ya saben de qué hablo. Frases como éstas han abundado el aire de las plazas, se han dilatado en el aliento de la gente, asomadas al despeñadero. Ustedes escucharon estas frases sin pensar, por qué habrían de hacerlo, que su brevedad gira en torno de verbos usados para personas vivas. Que están. Que son. Mi madre fue vista por última vez en la ESMA; fue arrojada al mar, pero no admitiré conclusiones erróneas. Que nadie introduzca la muerte entre mi madre y yo. La muerte, sin embargo, existe.

Cierto día de julio, hace unos años, un amigo me confesó—no olvido sus lágrimas goteando en la taza de café— que su novia acababa de dejarlo. A la luz de los hechos, esas palabras podrían sonar asombrosas: mi amigo vivía en Buenos Aires, su novia en Turín y no se habían visto en tres años. El plantón no alteraba su vida cotidiana, pero la morada natural del alma es la ausencia. Sobre ambigüedades así camino. Son la hojarasca bajo mis pies, que no conocen el cemento; los breves rebotes de mis zapatos en el suelo del pasado. Por eso, de ahora en más hablaremos de ausencia. Será el puente entre ustedes y yo y, para decirlo de una vez, estamos en ese puente ahora mismo. Ausentes del resto de los mortales. Un lugar altamente transitado, la ausencia. Tanto, que mirando la verdad de frente, con valentía, diría que la existencia entera transcurre en esta pasarela; que la vi-

da es ausencia mitigada por el recuerdo de los otros. Tal vez estas palabras inquieten, impulsen a alguien a levantar la voz para corregir la falsedad de lo que digo. Pero al callar, la soledad lo recibirá con los brazos abiertos y tendrá que enfrentar los hechos. Comprenderá que la ausencia que se apoltrona a su alrededor es hermana de ésta que padece, obcecada, entre mi madre, que está, que es, y yo. Antes de hablar de mi madre en estas páginas, es necesario aclarar a qué llamo cuásares.

Siendo chico descubrí que dentro de mí existen focos de energía que condensan la memoria. Hoyos potentes en las profundidades del cerebro, y en ellos bombas, aún activas. Las situaciones que originaron estos cuásares no forman parte del pasado; su energía no se consumió. Son situaciones que se agitan y centellean en zonas ocultas; no mueren. Integran un presente continuo que se reproduce, se disfraza, se clona para alimentarse. Me come. Me chupa la sangre. El entramado de la vida, lo que llamamos destino, se teje con filamentos que van de un cuásar a otro como guirnaldas incandescentes en un patio de carnaval. Concentran un poder formidable; desde su creación emiten señales y atrapan en sus órbitas todos los pensamientos, actos, sueños, imágenes que consideran propios, inspirados en su materia.

Quiero decir que la cronología es mentirosa. Es el apósito, no la herida; la ropa, no la piel. Buscamos en nuestra memoria un recuerdo como en estantes de un supermercado y cuando lo traemos, creemos que estaba en el anaquel previsto, como una mermelada. Pero los recuerdos son materia viva liberada por cuásares. La cronología los despoja de sentido. A veces, sólo a veces, la memoria se abre a pleno en uno de los cuásares. Se produce entonces un momento de iluminación, de comprensión absoluta; cada fragmento encaja con otro fragmento y en ese fulgor, armonioso y lúcido, nos vemos. Poco acostumbrados a un contacto tan íntimo con nosotros, nos creemos fuera del tiempo; cegados por la verdad, no podríamos creer que estamos, más que nunca, en sus entrañas.

Aspiro a relatar desde cuásares, burgando de filamento en filamento; protoplasma de presencias antiguas, voz de voces que están, que

son, que hablan desde un tiempo en que las verdades eran pocas, eran simples y brillaban como perlas. Ése es mi plan.

Mientras frotaba con un trapo los pedacitos de vidrio azules, rojos, amarillos, investigué en diarios y revistas de la época. No hay una pizca de verdad en lo que leí. En los relatos de Dardo, en las cartas de Celeste, en los apuntes y papeles de mis padres hay un tendido de nervios sólidos, rectos y flexibles, que transmiten las convicciones sobre las que articulaban sus vidas. Revolviendo cuadernos viejos empecé por buscar historias sobre mi madre. Buscaba pistas, un agujero en la tierra, una gruta, hacia el Laberinto. Mis recuerdos: a ésos podría enumerarlos: su cara, las pecas, su mirada buscando mis ojos; el pelo como malvón rojo, los pechos redondos, movedizos, la ronquera, nuestros rituales diarios. Todo lo que recuerdo equivale a una ráfaga de viento, fugaz, en un metro cuadrado de la pampa, del infinito. Pero yo voy en busca de un continente. Crecí en su luz, a su sombra. Fui un planeta rotando en torno a su quieto vértigo. Lo soy aún.

Para hablar de mi madre tendré que demoler edificios alzados sobre basura, torres sólidas, modernas, podridas del techo a los cielos. Empiezo por enunciar, con cautela, el primer vocablo que los entendidos interponen entre mi madre y yo: reproche. Debería sentir esa soga alrededor del cuello. La mordedura del abandono. Pero los contornos de mi madre, cercanos y nítidos, están dibujados con tinta china en el aire que me circunda, aun cuando a veces me parezca toda ella una presencia sutil en extremo, delicada y transparente como las alas de un alguacil. Una presencia absoluta en este puente de ausencia. Como los tordos arroceros, ella y yo somos capaces de viajar decenas de miles de kilómetros guiados por nuestro instinto, por nuestra voluntad, como los pájaros por sus cristales de magnetita, a ciegas, rastreando los ciclos de luz-oscuridad, siguiendo brújulas estelares, que no dependen del tiempo. Para estar donde debemos estar, por elección. Si algo no han conseguido es que les cedamos esa potestad. No.

He escrito esto, me he preparado un té, con la mente errante. He subido al altillo, he abierto el segundo cajón del escritorio. De las car-

tas de mi tío Josecito me detuve en una, larguísima, a su compañera, donde hablaba extensamente de mi madre. De ella extraje los siguientes párrafos. ¿Qué me guió hasta la carta? Cristales de magnetita.

Yo me la acuerdo de chiquita a la Lombriz, antes de que la vieja se fuera. Era distinta a como fue después. Tenía algo suave, delicado. Andaba como en un círculo, y fuera donde fuera la seguía aquel redondel de luz, como un reflector de circo. Ésa es la imagen que me había hecho de ella. De chiquita se despertaba sola, no bien escuchaba las zapatillas de su mamá raspando el piso de cemento, un riprip suave que hacía cuando caminaba para poner la pava al fuego, la leña en el hornillo de la cocina, la yerba en el mate, la ropa en la pileta. Años después, cuando la vieja se fue, me acuerdo que la Lombriz se levantaba solita, se calzaba las pampero azules, que nuestra hermana Teresa llamaba “las bigotudas”, y se sentaba afuera, en el pilar húmedo todavía por el rocío. Contaba los bichos canasto y los caracoles, siete canastos y nueve caracoles viene hoy, cinco y cuatro, viene mañana. Ella creía que nadie se daba cuenta; así engañaba al tiempo pretendiendo que hacía algo más que mirar la calle poceada por donde, de un momento a otro, aparecería la vieja. Pero la vieja tardó cinco años en volver y para entonces Felisa ya no era la misma. El verano en que la vieja se fue, para la Lombriz los días permanecían inmóviles en el almanaque. Yo la miraba contarlos, hasta que un día cualquiera, no los contó más. Ella no creía ni un poquito que la vieja se hubiera ido “a trabajar a otro lado”, como había dicho Teresa.

Sucede que cuando la vieja agarraba un trabajo con cama adentro, siempre llevaba a la Fefe con ella. La primera vez que habían estado cama adentro había sido

en la casa de un pintor, Edgardo. Era una casa antigua y con esto quiero decirte elegante, porque hay antigüedades y vejez. Esta casa tenía una escalera de madera con escalones hundidos en el medio, tan crujidores que no se necesitaba tocar una campana ni avisar que alguien subía o bajaba. Si subías la escalera pasabas de la sombra del vestíbulo a la luz lechosa de la galería que se extendía detrás del vitral. La Lombriz amaba esa galería con muchas puertas que daban, todas, a la misma habitación alta, un estudio atestado de cuadros, caballetes, témperas, atriles, marcos, pinceles, masilla, tarros con trementina, aguarrás de olores intensos, sillas, telas, estatuas de yeso blanco y un aire potente flotando en la luz que vibraba como colibrí en ese lugar de colores líquidos, espesos, aglomerados, cambiantes y olorosos. La Lombriz tenía una mesita propia, con lápices, pinceles, acuarelas y papel. Era tan grande la casa que Felisa podía quedarse callada dibujando en su mesa o podía hablar con la vieja mientras cocinaba o planchaba en la cocina. Estaban mucho tiempo en la cocina las dos, con la radio prendida, siguiendo los números de la quiniela y escuchando el radioteatro del Hormiga Negra, que hacía reír muchísimo a mi vieja. Todas las mañanas, cuando se despertaba, la Lombriz se daba de lleno con la cara de luna de su mamá, que parecía esperarla para preguntarle: ¿Y qué soñó hoy la Borovic? O también ¿Y qué soñó hoy mi rusita? Y ella contaba el sueño: tal, tal y tal, la vieja fruncía el ceño y escuchaba, concentrada, preguntaba si era en colores o en blanco y negro, si el muerto hablaba, si estaba mudo, y chasqueaba los dedos cuando se le venía el número a la mente. Una vez desculado el sueño, la vieja le dejaba la ropa en la cucheta de abajo, para que se vistiera, y salía, porque la pieza era tan chica que cuando

la Fefe bajaba de la cama ya no había lugar para las dos. Después salían a hacer las compras, pasaban por la verdulería y la carnicería, por la panadería, el almacén y por el diariero que levantaba quiniela. Estuvieron como dos años con este tipo, Edgardo.

La otra cama adentro que tuvo con mi vieja fue con un matrimonio de guita, los Duclair. Allí ellas tenían una pieza grande, con ropero y radio propia. Esa casa no la conocí porque mi vieja no dijo que tenía otros hijos, para que la tomaran. Duclair era médico y la mujer hablaba tan bajito que mi vieja tenía que alargar el cuello para oírla y después, cuando estaban solas y Felisa abría la boca para hablar, la vieja se estiraba como una gallina, imitando lo que hacía con la Duclair, y Fefe se retorció de risa. Los Duclair tenían un solo hijo, un pibe flaco, de cinco años, como la Lombriz. Mi hermana era la única que podía hacerlo comer. Se metían bajo la mesa y lamían la comida como gatos. Así comían. Los viernes a la tarde llegaba el patrón, Duclair, con juguetes iguales para los dos. Lo esperaban detrás de la higuera y cuando oían el motor del Chevrolet, abrían el portón tironeando del pestillo, el de arriba uno y el de abajo el otro. Así fue como Felisa se acostumbró a jugar con autos de carrera, soldaditos de plomo, revólveres de balines y con el mecano. No sé por qué se fueron de esa casa. La Lombriz y mi vieja eran, en muchos aspectos, como una sola persona. Fue así, desde que nació la Fefe, y aunque desde afuera pueda parecer extraño, para nosotros era natural.

Después que se fue mi vieja, creció casi al margen de nosotros, pero había algo en su soledad, no sé explicarlo. Como orgullo, como si su mamá siguiera allí, pero invisible. Descubrió que si se quedaba paveando, después que las chicas se hubieran vuelto a sus casas,

nadie le decía nada, salvo que Teresa estuviera esperándola para hacer la comida y entonces sí se armaba quilombo. Pero si ponía el mandado sobre la mesa y volvía a salir, podía quedarse afuera hasta cualquier hora. Me acuerdo que se armó un equipo de invierno para resistir el frío y andar hasta tarde: unos guantes y un gorro de lana roja, un pantalón de franela, un pullóver bariloche medio apolillado que Teresa había puesto para tirar, y las bigocudas. Yo la encontré un día en la calle, aterida de frío, y le pasé una campera de corderoy, que le llegaba a las rodillas.

El día en que llegó Aída a la casa fue así. Esto me lo contó la propia Lombriz. Teresa se había ido a lo del novio y el viejo roncaba en la cama. Llegó Felisa y encontró su plato en la mesa, bajo otro plato hondo, una gentileza que nadie en la casa hubiera tenido. En vez de investigar qué pasaba, Felisa se sentó a comer, pero la cuchara le quedó en el aire al ver a la desconocida abrir la cortina del cuarto de Teresa con un repasador en la mano y esa sonrisa desdentada y fija que luego se nos haría familiar. Mi hermana le clavó los ojos, sin moverse. La ventaja de los chicos es que no tienen que tomar la iniciativa. Pero tampoco Aída parecía dispuesta a decir una palabra. Estrujaba el repasador cada vez más, y se veía que lo de romper el silencio era causa perdida. La Fefe descongeló el movimiento de la mano, engulló una cucharada de guiso y la mujer le sirvió un vaso de agua. Esa noche no se conocieron las voces. Al día siguiente supimos que Aída era chaqueña y que iba a vivir con nosotros. Una, porque no tenía dónde quedarse y otra, porque era dueña, en parte, del terreno donde habíamos levantado la casa. En estos parajes perdidos de Morón, todo pastizales, loma-

das, calles sin nombre y casas sin número, alambradas caídas, charcas y huellas de carros, la gente llegaba y se asentaba sin mucha averiguación, levantaba paredes, hacía un pozo ciego, ponía la bomba de agua y se largaba a vivir. Ni mi viejo, ni Teresa ni yo le pedimos a Aída que mostrara ningún papel porque ella no quería echarnos, sino compartir el techo. Y como ya no estaba mi vieja, a Teresa y al viejo les pareció más que justo el reclamo. Plata no había, pero un plato de comida a cambio del techo, sí. “Los chicos se atienden solos, dijo Teresa, Josecito casi no para en casa y la Fefe atorratea con sus amigas hasta la noche.”

Así empezó a vivir Aída en nuestra casa. Tan mansa y callada era que la aceptamos enseguida. Y así no fuera como era de callada y mansa, igual nos venía al dedillo, con la libertad que traía bajo el brazo, incluso para el viejo, que ahora podía elegir entre quedarse en lo del turco hasta que alguien lo trajera a la rastra o quedarse tomando en casa, acodado a la mesa y hablando con Aída, que es decir hablando a solas, porque Aída apenas si contestaba, ocupada como estaba en remendar alguna media, planchar alguna camisa, rescatar la lana buena de un pullóver apollado.

Felisa se puso desafiante y contestadora de pura rabia, me parece, porque nadie la veía con los ojos de su mamá, y ella no aceptaba lo que creía una miopía colectiva. Pensaba que algún día alguien tenía que darse cuenta de cómo era ella realmente. Entre la mirada de su mamá y la de los otros había un mundo de diferencia. Podría habersele ocurrido que ella era como la veíamos todos los demás. Yo creo que terminó viéndose así, pero en el fondo, en lo profundo, seguía creyendo ser como la veía mi vieja. Y si estoy convencido

de eso es porque cuando apareció Julián, con bombos y platillos, y la salvó del quilombo en que se había metido, ella volvió a ser como antes. Con él, sólo con él, tenía la Lombriz ese aura sutil y luminoso, esa ternura, esa confianza. Y eso es algo que me pesa, porque siendo mi hermana de alguna manera la abandoné a su suerte, de puro bruto, de infeliz. De chico que era, yo también.

De modo que Felisa ha crecido, como yo, con la presencia inmaterial de su madre, bajo su círculo de luz. Sin reproches. Sin reproches. Que se callen los entendidos. Silencio (estoy señalando hacia arriba con mi dedo índice. Empieza el invierno y centenares de pájaros migran para preservar la especie. Nosotros, los humanos, deberemos preservar otras cosas, con el mismo descomunal esfuerzo).

Enuncio el segundo vocablo; el provocador, el estigma. La marca de fuego en el anca. La violencia. Los violentos. Mi madre, lo recuerdo, avanzaba en una gran carreta, en el frío, en la noche, a la intemperie, atareada, sostenida por el fervor inmediato, amoroso, de aquellos que avanzaban con ella, en sus grandes carretas. Iban a conquistar un mundo. Se dirigían a ese lugar. Ese lugar existía, estaba allí, adelante; nada debía interponerse. Era la meta, el destino. Sus voces chocaban en las altas montañas; cuando gritaban, alborozados, les llegaban al segundo los ecos, directos al corazón. ¿Avanzaban solos? No, solos, no. Avanzaban empujados por el deseo colectivo de libertad. Detrás de ellos se allegaban tíos, abuelos, vecinos, verduleros, abogados, lecheros, médicos, oficinistas. Solían apiñarse en sus ventanas para saludarlos; agitaban sus rabiosos pañuelos. Algunos con disimulo, sin delatarse mucho. Pero cuando las balas perdidas empezaron a impactar en sus mamposterías se sonaron las narices y guardaron los pañuelos, sucios, en los bolsillos.

La violencia. Hablemos de ella. Es escurridiza, falsa. Miente con naturalidad. Aquí viene de lejos, desde los albores de la patria, enredada a su bandera. Adora disfrazarse. Es capaz de cualquier ex-

tremo por ocultar su naturaleza. Cambia, muta. Sólo su olor permanece. Cómo hiede. Aprendimos a olerla de generación en generación. En otros tiempos pasaba largas temporadas en París para sacudirse el olor a bosta. Aún hoy persigue el refinamiento. Gusta de los salones, de las fiestas. Se oculta en cajas fuertes, en cuentas suizas, en paraísos fiscales. Tiene hijos rubios, angélicos, criados bajo siete llaves, como nonatos. Tiene amantes altas, que pesan cuarenta kilos y por las noches sueñan con pizzas. La violencia no soporta que la llamen por su nombre. Usa pseudónimos pomposos y ama los buenos modales. Cuando tuvo que hacerlo, arrasó con los ecos que llegaban de las montañas y con los deseos de libertad; no dejó sol, ni sombra, ni lugar donde guarecerse. Ahora reina entre bostezos; en un descolorido deshacerse de los días, una nada cotidiana, perezosa. La violencia retoza en la ausencia de sentido.

Me acerco al pasado en el cual ellos ardían. En esta historia ellos son jóvenes, y yo un niño. No se trata, sin embargo, de retroceder el almanaque, sino de visitar un tiempo que ha quedado sepultado bajo las viejas ciudades de hoy, apuradas y sin alma.